

JORGE POLO BLANCO

# ROMÁNTICOS Y RACISTAS

Orígenes ideológicos  
de los etnonacionalismos españoles

Prólogo de  
Pedro Insua

EL VIEJO TOPO

## Sumario

Retrato del fantasma que recorre España	9
Indagando en los orígenes del delirio	13
Intuir, sentir y fantasear	19
Espíritus, almas y culturas	61
Los espíritus y las almas tenían glóbulos	109
Del romanticismo al racialismo	127
Los etnonacionalismos fragmentarios en España	177
Romanticismo y racismo en los orígenes del catalanismo	229
Romanticismo y racismo en los orígenes del galleguismo	277
Romanticismo y racismo en los orígenes del nacionalismo vasco	319
Romanticismo y etnicismo en los orígenes del andalucismo y del nacionalismo canario	407
Lo indecible	441

## Prólogo

### Retrato del fantasma que recorre España

Un fantasma recorre España; es el fantasma del nacionalismo fragmentario. Un “viejo topo”, por emplear la célebre expresión de Marx, que lleva operando en nuestro territorio nacional más de cien años, horadando, cavando túneles y abriendo boquetes en el cuerpo de la sociedad política española. La cohesión nacional española, labrada durante siglos, ha quedado expuesta a esta labor de zapa, intensificada en los últimos años, en los que el nacionalismo fragmentario ha penetrado y se ha filtrado en las instituciones políticas, culturales y sociales españolas.

Un nacionalismo que se abona a la idea de que España es una especie de carcasa artificial (“Estado español”), obra impositiva del “nacionalismo castellano” que, como velo despótico, ha mantenido sometidos al resto de “pueblos” o naciones peninsulares (“España, prisión de naciones”), y que, ahora mismo, con la democracia, y por la propia pujanza y vitalidad de tales “naciones”, está al parecer en un tris de quebrarse esa carcasa para regresar, por fin, a su verdadero ser “plurinacional”.

“España” significa, según esta visión, una verdadera trampa histórica, una especie de conspiración urdida por el imperialismo castellano, en cuyas garras cayeron, ingenuamente, los pueblos peninsulares durante siglos, pero que ahora, tras ese calvario, están a punto de recuperar –cual *hobbits* en la Comarca– su antigua y arcádica inocencia: “nosotros, catalanes, gallegos, vascos, andaluces, valencianos, montañeses y asturianos, somos inocentes, nada tenemos que ver con esa monstruosidad histórica llamada España, destructora de civilizaciones, aniquiladora de continentes, segregadora de religiones. Es más, nosotros somos sus primeras víctimas, mártires y testigos de su acción tiránica”. Y es que, aun avasalladas durante cientos de años, reducidas

por la fuerza a simples “regiones” españolas, no cejan en tratar de “recuperar”, tras el siniestro paréntesis “castellanista”, su plena e incluso pletórica “identidad nacional”.

Este es, más o menos, el retrato ideológico, exculpatorio, que, desde el nacionalismo fragmentario –por lo demás muy institucionalizado y acomodado en el actual Estado autonómico– se hace de España y de su historia. Y el caso es que esta concepción, con mucha fuerza divulgativa, presupone en esas naciones un origen previo a la formación de España, y al margen suyo. Esto es, para que el retrato pueda cuajar doctrinalmente, y este nacionalismo tenga efectos prácticos propagandísticos, la versión, el “relato” nacionalfragmentario, tiene que ofrecer pruebas de que tales naciones son anteriores a la formación de España, de tal modo que, cuando España se constituya con posterioridad, lo hará siempre a costa de desvirtuar y de pervertir la identidad ancestral de estas naciones previamente constituidas. Se presupone que Galicia, Cataluña o País Vasco permanecían puras, impolutas, vírgenes; y España, por la vía de una terrible imposición castellanista, vino a mancharlas, a manchar su auténtica identidad originaria.

Es fundamental, pues, en el cuento o historieta (*storytelling*) nacionalista, una existencia y una vida anterior a la existencia de España, reservada para estas sociedades, de tal manera que la vía de la justificación “histórica”, que pruebe esa existencia previa, es imprescindible para poder sacar adelante –siempre hay que convencer, además de vencer– tales proyectos políticos diferenciales, autonomistas y, en el límite, separatistas (“a cada nación le corresponde un Estado”). En este sentido, uno de los caballos de batalla del nacionalismo fragmentario es, sin duda, la batalla historiográfica, tratando de construir, en este campo, una versión creíble o verosímil, por fantástica que sea, según la cual la nación fragmentaria (la vasca, la catalana, la gallega, la andaluza, etcétera) se encuentra ya formada, prístina, reluciente, impoluta, autosuficiente, recién estrenada, en un tiempo más o menos remoto (*in illo tempore*), pero siempre necesariamente anterior a la formación de España. Y es que probar una autosuficiencia previa es una manera de justificar una autosuficiencia futura, lo que significa, sencillamente, y esto es lo que pretende el nacionalismo fragmentario, que España sobra (“*good bye, Spain*”).

Pues bien, en ese afán de búsqueda de esa *anterioridad*, ya no solo histórica, sino incluso prehistórica, el relato nacionalfragmentario

tario escarbará, literalmente, en la arqueología, en la lingüística, en la etnografía, para hallar aquello que, en el fondo, previamente ya había encontrado (“si te busco es porque te he encontrado”, decía San Agustín respecto a Dios), que son los restos o vestigios de esa “nación” primigenia, auténtica y absoluta (que no requiere de ningún otro poder para existir). Sin embargo, se da el caso de que es muy difícil de hallar, en la arqueología o en la antropología, elementos diferenciales entre las distintas regiones de España que justifiquen esa “nacionalidad” previa, de tal forma que resulta complicado, cuando se acude a las fuentes, conservar este esquema. Es más, lo que allí se “encuentra” es, en efecto, lo que ya se había “puesto” previamente; y se había puesto por una ideología que, en estas páginas, Jorge Polo desmenuza con toda precisión.

Las “identidades nacionales” que allí se “encuentran” nada tienen que ver con las sociedades históricas efectivamente existentes, sino que, al contrario, son productos *ideológicos* derivados, elaborados y pergeñados por una mala digestión (política) de la filosofía alemana, y que nada tiene que ver con la realidad histórica constatable. Ni Galicia, ni Cataluña, ni el País Vasco son históricamente asimilables a esa mixtificación metafísica promulgada por el nacionalismo fragmentario. Deshacer este *quid pro quo* es fundamental, si es que España quiere sobrevivir como sociedad política.

El libro de Jorge Polo que el lector tiene en sus manos analiza con rigor cómo se fue cocinando esa mixtificación en el contexto del romanticismo filosófico (en el sentido de Rüdiger Safranski), y cómo determinadas facciones ideológicas españolas se incorporan a esa “odisea del espíritu alemán”, fraguando desde tales coordenadas el nacionalismo fragmentario actual. La realidad que late detrás de la nación fragmentaria (Galiza, Catalunya, Euskadi), y que inspira a estos movimientos políticos separatistas, demoledores para la cohesión de la sociedad política española, no es ninguna realidad histórica, sino la idea sustancialista de cultura (el “mito de la cultura” del que habló Gustavo Bueno), concebida en el seno de la ideología alemana decimonónica, que se ha reproducido camuflada a través de categorías lingüísticas, antropológicas y hasta biológicas, con una pregnancia y un arraigo extraordinarios, vinculándose al ambiguo (analógico, hasta el equívoco) concepto contemporáneo de nación.

Cultura, nación e identidad; he ahí el “tridente catacrocker”, por hablar en los términos tan humorísticos como agudos de Muchachada Nui, que mantiene en jaque –un jaque separatista– a la sociedad política española. A “Galiza”, “Catalunya” y “Euskadi” no hay que ir a buscarlas a la Edad Media histórica, porque no se las va a encontrar tal y como esos ideólogos las imaginan, ni mucho menos a la prehistoria. Más bien hay que buscarlas, como quería Lukács, en esa trayectoria del “asalto a la razón” que va desde Schelling hasta Hitler. Es ahí en donde las va a hallar, a desenmascarar si se quiere, Jorge Polo. Porque, en efecto, y empleando palabras del autor, “la sustancia ideológica del galleguismo, del catalanismo y del nacionalismo vasco es romántico-reaccionaria y racista. Podremos constatarlo en los próximos capítulos. Sigán leyendo los escépticos”.